

cion decisiva, á pesar de jugar continuamente con el fuego revolucionario.

No se realizó ni la mencionada reunion magna de los príncipes alemanes ni menos la formacion de un ejército contra el emperador Carlos V; y hasta un político protestante tan notable como Jacobo Sturm combatió la idea de socorrer al ducado de Julich con las armas. El landgrave de Hesse era tan poco resuelto revolucionario que se jactó de contar en cambio de su neutralidad con las mercedes del emperador. En fin, los príncipes protestantes no se aliaron ni con el soberano de Julich, ni con el de Inglaterra; si bien culpaban de ello á este último, aunque muy injustamente, pues nada formal podía hacer Enrique VIII con aproximaciones indecisas y tímidas.

El emperador, entretanto, se fué acercando lentamente para vencer á sus contrarios uno tras otro; pero antes de tratar de la preparacion del gran golpe que se propuso dar al protestantismo aleman, debemos echar una mirada á la última manifestacion democrática de la reforma religiosa alemana, á saber: el movimiento anabaptista. Por mas que eran diferentes los orígenes y los fines que se propusieron el radicalismo reformista mas desencadenado y la política anabaptista republicana, ambos movimientos durante algun tiempo amenazaron complicar tanto al Norte de Alemania como á toda la Europa central en trastornos incalculables. El imperio, los Estados escandinavos, los Países-Bajos y hasta cierto punto tambien la Inglaterra, sintieron la formidable conmocion. Basta pensar en la marcha que hubiera tomado la reforma religiosa si los anabaptistas Juan de Leyden y Jorge Wullenwever hubiesen aparecido diez años antes cuando se hizo la revolucion agraria en el Mediodía de Alemania.

CAPITULO VI

LOS ANABAPTISTAS

La reforma religiosa alemana se habia presentado como un renacimiento del cristianismo primitivo; á la organizacion de la Iglesia visible consagrada por el tiempo, habia opuesto la libertad cristiana, mas antigua todavía, y contra la imposicion forzosa de la fe, habia proclamado el derecho del individuo á estudiar y profundizar la Sagrada Escritura. Verdad es que en el curso del movimiento los reformadores se vieron obligados á abandonar muchas veces sus ideales primitivos y á proceder al establecimiento de nuevas iglesias para obedecer á las exigencias del momento, á pesar de querer ellos mismos reemplazar el estado eclesiástico sólidamente organizado con la union de los corazones en una misma fe. Ya hemos indicado en diferentes pasajes por qué estas creaciones modernas, en una época profundamente conmovida en sentido religioso, no pudieron contentar á la masa del pueblo, é interesa no solamente á los apologistas sino tambien á los historiadores de la reforma religiosa la exhortacion de Nippold de no caer en el error de identificar el gran movimiento con el resultado dogmático-clerical de la fermentacion general, y de expulsar de consiguiente de la historia á los herejes anabaptistas. Seguramente no volverá hoy nadie á caer en el concepto, defectuoso por lo incompleto, de juzgar todo el radicalismo reformista del siglo XVI solo por las repugnantes y horribles manifestaciones de los anabaptistas suizos y de la Alemania del Nordeste. Estas manifestaciones groseras de un estado enfermizo social y religioso, y el odio irreconciliable con el cual desde un principio la religion católica romana y la Iglesia protestante combatieron á las sectas anabaptistas prueban que se trataba de un elemento vigoroso, vital y capaz de propagarse; pues aunque los llamados

anabaptistas fueron exterminados, ó poco menos, en Alemania y en los Países-Bajos, los gérmenes de esta idea produjeron mucho tiempo despues en Inglaterra abundantes frutos, y así como en otro tiempo la doctrina de Wiclef produjo sus efectos mas poderosos no en su patria sino lejos de ella, en Bohemia, del mismo modo resultó en Inglaterra del misticismo anabaptista el movimiento de los independientes. En un pequeño escrito del siglo XVII, cuyo autor se llama soldado de Cromwell, encontramos innegables recuerdos de la apocalíptica de los anabaptistas alemanes y de las profecías del abad Joaquin. Existen ideas que tienen una tenacidad indestructible y que se conservan ocultas durante muchas generaciones para despues reaparecer súbitamente con su primitiva fuerza, aunque en otra forma. Indudablemente volvió á resucitar entre los radicales de la reforma religiosa y entre los llamados anabaptistas el antiquísimo ideal ascético que está en el fondo del espíritu de la Edad media, y resucitó justamente para aprovechar la ocasion favorable de la revolucion eclesiástica y para deshacer la conciliacion reformadora entre el cristianismo y el mundo. Se podrá discutir si las formas que tomó este radicalismo reformista son consecuencias ordinarias de toda fermentacion religiosa ó si son efecto del derecho proclamado por Lutero de estudiar cada uno la Sagrada Escritura segun su criterio. Sin duda siempre han acompañado á las agitaciones religiosas ciertos síntomas, como por ejemplo la tendencia redoblada de ver en sucesos de la vida usual la intervencion directa de poderes superiores, y una tendencia contagiosa á caer en éxtasis; pero además de estas manifestaciones, que podemos llamar espontáneas, la excitacion religiosa de la época de la Reforma produjo muchos rasgos que nos inducen á creer que dieron fuerza al movimiento corrientes espirituales existentes desde largo tiempo y que á la sazón cobraron nueva vida. Ritschl supone que el movimiento anabaptista y el pietista nacieron de las órdenes mendicantes y especialmente de los legos que pertenecian á la regla de la orden tercera; pero esta suposicion se ha reconocido ser completamente errónea. En cambio, no puede negarse la conexion entre los anabaptistas y ciertas herejías que dominaron anteriormente en Alemania, sobre todo las de los husitas y valdenses, siendo además evidente su estrecha afinidad con el misticismo. Por muy diferentes que fueran los frutos que produjo la mística en siglos pasados, frutos de tan variados y en apariencia contradictorios efectos, todavía el radicalismo reformista produjo á su vez desde la especulacion arguciosa y desde el sacrificio de la vida hasta el fanatismo mas indomable, y desde la renuncia monástica á la vida material hasta las creaciones mas fantásticas de la vida social. Esto no puede sorprendernos desde que Enrique de Eicken ha demostrado la conexion inseparable de la negacion del mundo y de la ambicion de dominarlo como dos exigencias de la fe cristiana, que mutuamente se explican y dependen una de la otra durante los siglos de la hegemonía eclesiástica; porque si bien aparecen ciertas tendencias racionalistas y particularmente doctrinas anti-trinitarias, su carácter fundamental no deja de ser enteramente propio de la Edad media y su ideal de vida parece tan idéntico al carácter monástico condenado por Lutero, que entre los anabaptistas se tendia como en los conventos á un ascetismo perfecto, es decir, á una vida evangélica en la acepcion mas rígida de la palabra. Este mismo ideal encontramos al examinar el espíritu de los valdenses y de los hermanos de Bohemia, y hasta respira en ciertos pasajes de Erasmo, siendo imposible negar su origen cristiano primitivo. Se explica que tratara este espíritu de conquistar el mundo bajo su nueva forma, por la existencia de aquellos elementos místicos y heréticos y en parte por el origen y curso

de la reforma religiosa. Despues que Lutero hubo declarado la guerra á la Iglesia corrompida y materializada y sostenido que la Biblia era propiedad de todos los cristianos, era natural que en la lucha contra la desmoralizacion clerical conmoviesen á gran número de corazones cristianos las palabras del sermón del Monte y el ejemplo de la comunidad cristiana mas antigua, con tanta y aun mayor fuerza que las epístolas de San Pablo. La declaracion de bienaventurados los pobres y perseguidos por la causa de la justicia, de los puros y de los pacíficos, cobró mayor importancia cuando se vió á muchos de los llamados evangélicos rechazar todas las obras materiales de devocion y de piedad, fiándose solamente de su fe verdadera. Con razon se quejaron Lutero y sus compañeros unánimemente de la decadencia espantosa del cristianismo práctico, del creciente desenfreno de costumbres y de la codicia de sus adeptos, y por eso exclamaba el gran reformador: «Cuanto mas se predica el Evangelio, tanto mas se hunde la gente en la avaricia, en el lujo y en la ostentacion.» La verdad es que la gran revolucion eclesiástica, á pesar de la indignacion de los teólogos y moralistas de la Reforma, tuvo su aspecto económico y práctico y no puede sorprender á nadie que la costumbre de dar á la Iglesia oro y bienes para asegurar la salvacion del alma experimentara una fuerte reaccion. Cuando la reforma alemana empezó á buscar el contacto de las autoridades y abandonó sus principios democráticos á favor de una nueva organizacion en el sentido de Iglesia del Estado, pareció inevitablemente tan anti-cristiana como el mismo papado hasta á aquellas almas que no podian comprender el verdadero cristianismo sin las obras correspondientes de perfeccion moral. Muchos místicos dijeron que la doctrina que tales frutos daba debia ser positivamente errónea; y á consecuencia de esto, á la fe del Evangelio de la justificacion substituyó, como dice Zur Linden, la del Evangelio de la imitacion de Cristo.

Ya hemos expuesto los primeros extravíos del radicalismo reformista en Alemania y sus manifestaciones revolucionarias y husitas en Zwickau, Alstedt y Muhlhausen; mas estos comienzos se mezclaron con la gran corriente de la revolucion social que conmovió la Alemania del Sur y del centro, y que si bien tuvo su fondo místico apocalíptico, no dejó de tener por tendencias principales deseos enteramente mundanos. Entonces la multitud de los campesinos tenia fijada su esperanza todavía en Lutero; tanto que la turba de Bildhausen expulsó á un enviado de Munzer, cuyas palabras altisonantes fueron contestadas por el predicador de la turba; pero en cambio fueron mas trascendentales los efectos que obtuvieron en cortísimo tiempo Munzer, Karlstadt y otros entusiastas en muchas ciudades de la Alemania meridional. Augsburgo, Estrasburgo y en algo menor escala Nuremberg se hicieron centros de sectas, en las cuales se distinguian ya los diferentes elementos del espíritu anabaptista desarrollado, porque al lado del rigor bíblico meticuloso de Karlstadt apareció la firmísima fe en la inspiracion divina del individuo, en la inspiracion superior á toda escritura, en la tendencia mística á vivir separado del mundo, en los ensueños del milenio, con todas las ilusiones de efusion de sangre y del júbilo triunfante.

Se puede considerar á Munzer, hasta cierto punto, como la figura dominante de este primer tiempo de la religion anabaptista, pero mas notable que él fué el bávaro Juan Denck, á quien los contemporáneos llamaron el abad y otros el Papa de los anabaptistas. Este personaje erudito se hallaba imbuido en el espíritu de los escritos de los místicos alemanes, y con el atrevimiento de los idealistas mas ilusos habia pasado á las últimas consecuencias, hasta la negacion de la divinidad de Cristo y hasta la declaracion de la inocencia y

pureza de los anabaptistas. Denck y los que como él pensaban proclamaban el libre albedrío del hombre y su aptitud para elevarse hasta Dios, lo mismo que los neo-platónicos del renacimiento italiano, muy al revés de la doctrina de la predestinacion de Lutero y de Zwinglio. El fogoso Hubmair escribia: «Seria un Dios muy falso aquel que dijera con la boca: venid, y pensara en su interior: quedaos en vuestro puesto. Es una blasfemia enseñar que Dios nos ha mandado cosas imposibles.» Se comprende que la fe en la iluminacion interior del hombre y la idea de negar el pecado debia conducir irremisiblemente á negar la condenacion eterna. Ya hemos visto que la doctrina terrible de Lutero de la eleccion de la merced divina concuerda con un antiguo determinismo popular; pero al propio tiempo se daba el consuelo, muy arraigado, de que la misericordia de Dios concederia al final la bienaventuranza eterna á todas sus criaturas sin excluir al diablo. Como entre los radicales reformistas se mezclaron elementos místicos y racionales, se figuraron Denck, Hetzer, Kautz, Hubmair, Bunderlin y otros á Cristo, no como un ídolo á quien se adoraba, sino como ejemplo y maestro, lo cual acababa tácitamente y luego expresamente con la Trinidad, respecto de la cual se expresó Hetzer en los siguientes términos: «Yo soy el Dios único, creador de todas las cosas sin auxilio de nadie; y si preguntas por mis compañeros, te digo que no somos tres sino que soy yo solo.»

Desde el principio del año 1525 tuvo esta gente una señal exterior comun que empezó á ser adoptada entre los radicales suizos, á saber: el segundo bautizo, que se introdujo para separar, segun dijeron, de todas las demás iglesias, y por lo pronto de la Iglesia de Zwinglio, á todos los siervos y obedientes á la voluntad de Dios, y para reunirlos en la tan soñada comunidad de santos.

Entre los jefes de estos fanáticos habia varones teólogos y humanistas como el ya citado Hetzer de Turgovia, Conrado Grebel y Félix Manz, ambos de Zurich, alrededor de los cuales se agruparon los artesanos inteligentes en la Sagrada Escritura y gente cavilosa, que en todas partes fueron el verdadero núcleo de la propaganda anabaptista. Desde este núcleo se extendió la propaganda á los campesinos, solicitados por todos los amigos del pueblo de aquella época agitada, lo que dió lugar, segun dice Cornelius, á que se mezclaran entre sí dos elementos espirituales: el sentimiento religioso de los pequeños é iletrados, que armados de la Biblia se apartaron del mundo, y el impulso del radicalismo teológico, que queria suprimir las leyes, doctrinas y mandamientos de la Iglesia. Se cita como intérprete entre los dos elementos á un tal Jorge, llamado por sobrenombre «Gaban azul», que fué el primero que pidió y recibió el bautizo de Grebel. Denck dice en su libro de la ley: «Nadie mire á los grandes de este mundo en el arte, poder ó riqueza; aquel cuyo corazon tienda al cielo, mire que están mas abajo que los despreciados y pequeños de este mundo.» Causó profunda impresion ver á un hombre distinguido y de gran talento como Grebel sacrificar su posicion social para vivir proscrito y predicar en secreto donde pudo á la gente pobre é ignorante. Las burlas de que fueron objeto aquellos apóstoles ambulantes no pudieron ocultar el hecho, tan desagradable para los reformadores protestantes, de que la mayoría de los anabaptistas se distinguian muy ventajosamente por su conducta humilde y pacífica, su moralidad rígida y la sencillez de su vida, exenta de los excesos materiales y salvajes de muchos que se llamaban evangélicos.

Muchos jefes de los anabaptistas del Mediodía de Alemania, en primer lugar Denck, trataron de suprimir la tendencia, representada por Storch y Munzer, á la revolucion y de debilitar en lo posible las ideas milenarias tan peligrosas; pero